

## DOMINGO I DE ADVIENTO (CICLO A)

La primera lectura, del profeta Isaías, es una visión de la paz mesiánica. A ella están invitados todos los pueblos. El reino de Dios no es para unos pocos, sino que el profeta habla de una llamada universal. Veladamente se alude a Jesucristo como aquel que portará la salvación a todos. Ese deseo está impreso en el corazón de todos los hombres. Lo que ocurre es que su realización sólo es posible si se acepta a Jesucristo.

San Pablo, en la segunda lectura, se dirige a los creyentes han conocido a Jesucristo. Por ello, el lenguaje es más directo y comprometido: «Dejemos las actividades de las tinieblas y pertrechémonos con las armas de la luz». El apóstol sitúa la vida cristiana en constante tensión escatológica. Significa esto que nuestra actividad está marcada por la petición del padrenuestro, «venga a nosotros tu Reino».

Cada año, el Adviento nos coloca en la perspectiva de la venida de Jesucristo. A nosotros nos toca prepararnos para recibirla. De ahí que Pablo nos exhorte a abandonar la vida mundana y a comportarnos como hijos de la luz. La contraposición entre noche y día, luz y oscuridad... no alude sólo a la contraposición entre el mal y el bien, el pecado y la vida de la gracia, sino que se refiere también a la vida fundamentada sobre Jesucristo. Mientras no se conoce la salvación que nos ha sido traída por Cristo, se actúa como en plena oscuridad. La luz, pues, es Jesucristo: «Yo soy la luz del mundo».

Jesús, en el Evangelio, nos invita a la vigilancia: «Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el hijo del hombre». Dicha vigilancia abarca varias dimensiones.

Una es la oración: «Velad y orad para no caer en tentación».

Otra es la lucha contra las pasiones desordenadas: «Nada de comilonas y borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas y pependencias», grita Pablo. El Adviento es también un tiempo penitencial, un tiempo de gracia para ser mejor. No se trata de un desprecio de lo corporal, sino de mantener en nosotros el atractivo por el bien verdadero, que es la amistad con Dios. El Adviento se nos presenta así como un tiempo para reforzar nuestra oración de petición: ¡Ven, Señor Jesús!

Al preparar el camino del Señor, su venida, lo hacemos con alegría. El entusiasmo reafirma el valor de nuestras acciones y fortalece el deseo del corazón. A ello nos anima el salmo de hoy, donde, con alegría desbordante, se canta camino de Jerusalén, signo de la vida eterna: «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!»! El esfuerzo del caminar queda amortiguado por el gozo del corazón, que se ve ya a las puertas de la ciudad.

Con María y José, esa es la actitud con la que iniciamos este tiempo de esperanza.